

CONTRA BONAPARTE

CAPÍTULO PRIMERO

El mar rompía con estrépito sobre los arrecifes que ante el lugarejo de Verville forman una ensenada, puerto natural donde las barcas pescadoras desembarcan su mercancía en tiempo de bonanza. Impelidas por viento del oeste, pesadas nubes galopaban por un cielo negrísimo; un cielo de azabache que se tendía sobre la costa y sobre la empinada crestería del oleaje, que á intervalos cada vez más breves resplandecía con las fulguraciones lívidas de una tempestad que de las costas de Inglaterra llegaba. Una lluvia espesa y fría, entreverada de granizo que restallaba hiriente, comenzaba á caer, y una centella que cruzó las nieblas en ziszás descubrió el confuso, recatado perfil de alguien que siguiendo ríscoso sendero avanzaba. Al resplendor de la vívida fulguración, claramente pudo notarse la costa, los arrecifes, el acantilado; y á una media legua mar adentro, la masa negruzca de un barquichuelo que bor-

843

2

PQ 2378

.03

CG58



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO DE COVARRUBIAS

18608

deaba sobre sus velas menores. Después, nada; la misma negrura envolviendo mar y tierra volvió á reinar.

Por fugitiva que fuese la luz del relámpago, acusó de manera suficiente la recatada figura del viajero, para denunciar á un hombre vestido de labrador, tocado con gorro de lana enfundado hasta las orejas, cubierto con un capote de pastor, y armado de una tercerola pendiente del hombro. Templado el deslumbramiento de la claridad que le había hecho detenerse unos segundos, el hombre reemprendió su camino, llegó á un fallo del acantilado, adosó el cuerpo á la roca, y, echando una yesca, se inclinó: chisporrotearon unas hierbas y ardiendo un haz de leña acaso de antemano preparado, poco después la llama brillante de una hoguera hendió la obscuridad. Sin duda era una señal convenida, porque casi simultáneamente un relámpago luminoso resbaló sobre la negrura de las olas, y el eco de una detonación vino á morir sordamente á la orilla.

Entonces, sin ocuparse más de la fogata que acababa de encender, el viajero aseguró la tercerola sobre el hombro, se abotonó el capote y por el rápido declive de un caminejo que serpeaba entre corrimientos de marga y de rocas, descendió á la orilla del mar. El ruido cada vez más intenso del oleaje que á sus pies moría, pareció guiarle por tan escabrosos parajes, aunque seguramente no lo había menester según la seguridad con que caminaba. Al cabo de algunos momentos de marcha en extremo peligrosa por los morrillos de arrastre que bañaba la espuma de la rugiente pleamar, sentóse en el descanso natural que una roca emergente del suelo le ofrecía, y recostado contra el cantil, la tercerola entre los piernas, permaneció esperando con tan completa seguridad, que ni una sola vez volvió la vista en derredor. Al cabo de una hora, un ruido sordo apenas perceptible que llegó á sus oídos en alas del viento hízole inclinarse hacia adelante

como si quisiera sondar con sus ojos agudos la opaca negrura que pesaba sobre las olas. Pero el horizonte permaneció impenetrable. Finalmente, el ruido fué creciendo en intensidad, se precisó, cobró un vaivén rítmico, semejante al de unos remos que golpearan el agua, y una masa oscura emergió á veinte pasos, al mismo tiempo que el crujimiento de madera sobre el fondo pedregoso denunciaba el abordaje de una embarcación. Un silbido diestramente modulado — señal de manobra muy familiar á los marinos — dió al traste con la irresolución del hombre que acechaba, y, levantándose, avanzó hacia la embarcación. Una voz surgió de las tinieblas preguntando:

— ¿Sois vos, Parquín?

— Yo soy, — respondió el hombre. — ¿Vienen ahí los pasajeros?

— Aquí están.

— Bueno, que desembarquen en seguida. El camino está libre, pero no hay que descuidarse; de un momento á otro podemos tener los gendarmes á nuestros zancajos...

— Allá vamos.

Uno de los pasajeros anunciados saltó rápidamente en tierra; un segundo descendió con algo más de precaución, y el tercero se hizo desembarcar en brazos de dos marineros.

— ¡Voto á brios! ¿Acabaréis? — gritó rudamente el primer desembarcado.

— ¡Eh! ¡Nada de impacencias, Jorge! — replicó el que se hacía llevar en brazos. — Quizás caminemos á la muerte y ¡Dios me libre de ir corriendo á su encuentro!

— No hay que tener tanto miedo de volver al polvo, — añadió el llamado Jorge con tono áspero.

— Bueno, bueno. Cuando llegemos á los hechos, no tengo pensamiento de que me dejéis atrás. Ahora no se trata más que de no mojarse los pies.

El patrón de la barca depositó en la orilla varios paquetitos de los pasajeros, y Parquín los reunió, los amarró con una cuerda y se los echó al hombro. Entonces, aquel á quien Jorge había reprochado su lentitud en desembarcar, se volvió hacia la embarcación y dijo en lengua inglesa :

— Muchas gracias, patrón, por habernos traído á la orilla sin incidentes. Tomad; para vuestros hombres y para vos.

Y le puso el bolsillo en la mano. Después, sin esperar á que le dieran las gracias, se reunió á sus compañeros, que bajo la guía de Parquín comenzaban á subir el difícil y áspero sendero que á lo alto del acantilado conducía. Cuando al cabo de un cuarto de hora de caminar lento y penoso, los cuatro hombres pusieron pie sobre el delgado césped, Parquín se detuvo diciendo :

— Señores, respiremos un poco.

— ¿Falta mucho para llegar á nuestro primer albergue?

— Si no estuviese la noche tan oscura, veríamos desde aquí la granja de Biville. En línea recta, apenas hay un cuarto de legua.

— Entonces, reanudemos la marcha, — terminó Jorge. — Aquí hace un frio glacial, y tengo un hambre que no veo.

— ¿Habéis descansado ya, Saint-Regeant? — preguntó el viajero que tanto amaba la comodidad á otro de los cuatro que silenciosamente había seguido á sus compañeros.

— Nada de nombres, si me hacéis el favor — interrumpió Jorge rudamente.

— Estoy á vuestras órdenes — respondió Saint-Regeant con voz dulce.

El grupo reanudó la marcha, y, á campo atraviesa, en medio de la profunda oscuridad reinante, cruzó un valladar plantado de hayas, y penetró en un cercado en el centro del cual brillaba débilmente una luz. Los latidos de un perro

denunciaron la llegada de los viajeros, y una puerta se abrió dejando escapar un haz luminoso que se extendió sobre el campizo. En el fondo de aquella claridad, dos hombres y una mujer aparecieron, dando paso á los expedicionarios que penetraron silenciosamente hasta la cocina de la granja.

Sentado en un taburete rústico, un hombre vuelto de espaldas se calentaba sin ceremonia alguna, bajo la campana de la chimenea. Cuando se hubo cerrado la puerta, hizo girar el taburete sobre una de las patas, y dando espaldas á la llamarada volvió hacia los recién llegados su rostro afeitado, de ojos grises y boca circunspecta. Negros cabellos pendían sobre el cuello de su veste de paño, y tocaba la cabeza con un gran sombrero negro. Llevaba las anchas bragas de los labradores bretones y unas polainas de cuero que bajaban hasta el empeine de los toscos zapatos.

— Arrimaos á la lumbre, señores, — dijo con tono muy cortés. La noche está fría, y un calentón no os vendrá mal.

Y con ademán no muy acorde con el humilde traje que vestía, ofreció el sitio y el taburete que acababa de dejar.

— ¡Cómo! ¿Sois vos, señor Frotté? — exclamó vivamente Jorge, avanzando hacia el pretenseo labrador con la mano tendida. — ¿Por qué os habéis molestado? Parquín, vuestro hombre de confianza, nos bastaba.

— No soy de esa opinión, — respondió el jefe vandeano. — Venís de Londres, después de haber visto á los príncipes, y he querido escuchar de vuestros labios las instrucciones que, sin duda alguna, me envían. Pero, ante todo, presentadme á esos señores.

Jorge se inclinó con deferencia, y designando sucesivamente á sus compañeros, dijo :

— El señor Hyde de Neuville, secretario de Su Majestad; el caballero de Saint-Regeant; encargados ambos de una importante misión cerca de nuestros amigos de París...

Los dos hombres saludaron, inclinándose, y entonces Jorge presentó al labrador :

— El marqués de Frotté, teniente general, comandante en jefe del ejército de la Baja Normandía.

Frotté cambió una mirada con Parquín y con los granjeros de Biville, y éstos abandonaron silenciosamente la cocina. Cuando los cuatro realistas se encontraron solos, el jefe vandeano preguntó :

— ¿Nos traéis órdenes?

— Sí, — respondió Jorge, — y formales. Su Majestad pide que cesen las hostilidades, hasta que nosotros hayamos cumplido la misión de que estamos encargados cerca del Gobierno...

— ¡ Al diablo con vuestras dilaciones ! ¿ Qué esperáis de esos jacobinos ? Demasiado sabéis que no dejarán el poder, del que tantos beneficios obtienen, y valdría más continuar aterrorizando los alrededores de la capital como ya hemos comenzado á hacer. Cuatro granjas saqueadas y quemadas valen más, para el efecto moral, que una batalla ganada. En todo eso no corremos riesgo alguno, y con ello y la detención de los correos que conducen dinero del Estado... Hace falta saber excitar las imaginaciones... ¿ Es eso lo que queréis interrumpir ?

— El rey quiere hacer una última tentativa de reconciliación.

— ¿ Y es á vos, Cadoudal, al que han encargado de semejante embajada ? Siempre os creí más dispuesto á los golpes que á las discusiones.

— Hay que obedecer, — respondió sencillamente el jefe vandeano. — Es un ejemplo que daré aun cuando no me agrade gran cosa el mandato. Por lo demás, Su Majestad no me ha preguntado mi opinión, sino que me ha dado sus órdenes.

— Bueno, — añadió Frotté. — ¿ Cuándo pensáis partir para París ?

— Mañana, al amanecer.

— Bien ; haré que os preparen relevos en el camino. Hasta Chartres, disponemos del territorio y de correos destacados.

— No necesitamos más. Una vez en Chartres ya nos las arreglaremos. Tengo mi plan para entrar en París con estos señores.

— De manera — exclamó Frotté con tono zumbón — que ya tenemos al abate Bernier adicto, y á Chatillón y á Autichamp también. Parece que les dan bastante que hacer del lado del Loira. ¡ Vuestro Morbihán se mantiene firme, Jorge ! Os aseguro que el general Hedouville no vencerá fácilmente á vuestros muchachos.

— Ni á mí tampoco, — respondió Cadoudal. — Seré el último en someterme, pero no hay para qué disimular que el gobierno consular ha serenado mucho los espíritus, debilitando un tanto las resistencias. Nuestras poblaciones de Bretaña, que se revolvían contra el empréstito forzoso, se dejan ganar por la moderación inesperada del fisco. Bonaparte ha hecho más por la paz restableciendo el orden en el país, que derrotando á nuestros soldados.

— Y Fouché, desparramando agentes por toda Francia, ha debilitado el ardor de los compañeros de Jehú...

— Precisamente, en esas debilidades está inspirada nuestra tentativa cerca del Primer Cónsul.

— ¡ Ah !, — exclamó Frotté ; — si el conde de Artois se hubiera decidido á venir á Bretaña, hoy seríamos nosotros los amos de la situación.

— No hablemos de eso, — interrumpió gravemente Cadoudal. — Nosotros no debemos juzgar á nuestros señores. Para no hacer lo que tantos jefes realistas le pedían con caluroso empeño, el príncipe habrá tenido razones que des-

conocemos, pero que serán decisivas, sin duda alguna. Los Borbones son valientes, y aburridos como están en el extranjero, la guerra les hubiera distraído.

— Hubiera sido necesario evitar á madama Polastrón... — insinuó Hyde. — Los Sorel no conducen ahora los Carlos VI á la guerra, y esta vez ¡ ay ! no se disponía de una Juana de Arco.

— ¡ Las Juanas de Arco se han convertido todas en calceteras, y no simpatizan más que con los jacobinos !

Todos soltaron el trapo á reír.

— ¿ De manera que pensáis poner por obra el camino al amanecer ? — volvió á preguntar Frotté.

— Y para no despertar sospechas, cada uno irá por su lado, bajo un disfraz distinto. Jorge es viajante en harinas, y el señor de Saint-Regeant en modas. En cuanto á nuestro secretario, es comisionista en aguardientes.

— Bien, señores, buenas noches; os dejo bajo la guarda de los granjeros de Biville y de Parquín. Me esperan en Caen, y es preciso que me ponga inmediatamente en camino, porque apenas viajo de día con mis muchachos.

— Hasta la vista, marqués, y esperemos que será en mejores días.

Se dieron las manos, abrió Frotté la puerta para que nuevamente Parquín y los amos de la granja entraran, y echando sobre los hombros una pesada capa, desapareció.

En la cocina, los viajeros permanecieron un instante silenciosos, calentándose á la fogata que ardía en el llar. Al cabo de un rato, Parquín exclamó :

— Los señores tendrán ganas de reposar... Amo Senechal, indicadnos las habitaciones.

— Todas están en la planta baja, y no hay más que abrir una ventana para salir á la corralada. Recomiendo á los señores que se acuesten vestidos... Están tomadas todas

las precauciones para asegurar una noche tranquila, pero con la policía de Fouché, nunca se sabe lo que puede ocurrir..

— ¿ Amo Senechal es labrador ? — preguntó riendo Saint-Regeant.

— Lo hace labrar, lo cual viene siendo lo mismo, — respondió Parquín. — ¿ No vendéis vos encajes ? Contentémosnos con ser lo que parecemos... El día que sea absolutamente necesario recobrar la verdadera personalidad...

— Eso será cuenta de la justicia, no nuestra, — interrumpió rudamente Jorge. — Amo Senechal, y la compañía, que tengáis sueños agradables...

— Entonces, soñemos que Bonaparte ha hecho conocimiento con una bala de cañón, y que es Lebrun, ó Cambaceres, quien gobierna á Francia...

Se saludaron con una sonrisa, y guiados por el granjero se dirigieron á sus respectivas habitaciones. Desde que las sacudidas sucesivas de la Revolución habían desriscado en el país el principio de autoridad, jamás la sociedad francesa disfrutó de un período de calma y de reposo como el que siguió al advenimiento de Bonaparte al Consulado. Después del Terror, luego de haber contemplado cómo los más peligrosos bandidos se apoderaban del poder para realizar amparados en su autoridad los mayores excesos, las gentes honradas comenzaban á respirar libremente. La fortuna pública vacilaba aún, y el crédito había llegado á un estado tan precario, que la renta del cinco por ciento no valía más que catorce francos. Mas poco á poco el comercio recobraba su actividad, renacía la industria y el lujo mismo comenzaba á mostrarse nuevamente. La seguridad habíase restablecido, aunque, en las provincias del oeste, la vandeanería se agitaba con espasmos de grave intensidad. Las carreteras de Bretaña y de Normandía hallábanse infestadas por bandidos que detenían las diligencias, con pretexto de apoderarse del

dinero del gobierno, pero sin desdeñar por eso lo que sobre sí llevasen los viajeros. En fin, gavillas de « chauffeurs » saqueaban los alrededores de París, y atreviáanse á bravuconear con la policía á diez leguas de la capital.

El « hermoso Francisco » tenía aterrorizado el valle de Chevreuse y los alrededores de Chartres y de Versalles con sus crímenes siempre impunes. La gendarmería era burlada diariamente, y el Primer Cónsul, furioso, quejábase en vano al ministro de la Policía de los excesos renovados sin cesar con una impudencia cada día mayor. En este punto, Bonaparte y Fouché no lograban ponerse de acuerdo, pues mientras el Primer Cónsul atribuía todos los desmanes á la facción revolucionaria, deseosa de turbar la tranquilidad pública para intentar un nuevo asalto del poder, Fouché sospechaba que los verdaderos alentadores de estos desórdenes eran los realistas, ganosos de crear dificultades al gobierno y de atraer la desafección de Francia sobre un régimen que parecía satisfacerle. Uno y otro tenían razón. Aquellos jacobinos que no habían perdonado á Bonaparte el 18 Brumario, conspiraban sordamente, y, desalojados de los « clubs » habíanse constituido en asociaciones secretas. En cuanto á los realistas, obligados á disimular, porque la guerra abierta no les proporcionaba más que derrotas, habíanse dividido en dos bandos: uno, que intentaba la restauración borbónica obteniendo de Bonaparte que accediese á ser el Monck del conde de Provenza, y el otro, que soñaba con recurrir al asesinato para deshacerse del hombre que parecía ser el único obstáculo que se oponía al restablecimiento de la monarquía.

Precisamente ahora hallábanse reunidos en la granja de Biville, emisarios del partido de la conciliación y de la violencia, y si Hyde de Neuville esperaba, gracias á las intrigas urdidas por el abate Bernier, y gracias también á la

simpatía de Josefina, llegar á un acuerdo con el Primer Cónsul, Cadoudal y Saint Regeant estaban dispuestos á suprimirle, en el caso de que no obtuviesen la capitulación que soñaban. Obligados á esperar el resultado de las negociaciones políticas, estos hombres de acción se dirigían hacia París, decididos á no regresar sin haber obtenido un resultado favorable á su causa. Por lo demás, hacía tiempo que todos ellos habían hecho el sacrificio de su vida.

Jorge, fatigado por la guerra de emboscadas tan rudamente sostenida por él contra las tropas republicanas, no deseaba más que el reposo; Saint-Regeant, novicio en el partido, abrasábase en el deseo de realizar algún acto que enalteciera su nombre, y estaba decidido á no quedar en zaga de su temible compañero. Heredero de una noble familia, era tan refinado y elegante como rudo y descuidado Jorge, y hubiera deseado entrar en fuego, pero con traje de seda y bocamangas de encaje. Esta delicadeza habíale valido más de una burla de su compañero, que le llamaba descaradamente « la señorita Saint-Regeant », quien, por otra parte, tenía una linda figura, y una voz dulce que atraían fácilmente las miradas del sexo femenino. Cadoudal, con su fuerza de atleta, el cuello de toro y el ancho rostro, denunciaba bien claramente su origen labriego antes de hacerse jefe de guerrillas, y tanto sus soldados como sus amigos le habían colgado el expresivo remoquete de « Cabezota ».

Al enviar á Cadoudal y á Hyde como embajadores cerca del Primer Cónsul, los jefes realistas habían buscado la manera de impresionar á Bonaparte, poniendo ante su vista los dos representantes más característicos del partido. Como diplomático, Hyde debería exponer al Primer Cónsul las seductoras promesas y las recompensas que más fácilmente dispusieran su espíritu á un acuerdo, y en cuanto á Cadoudal, su misión reducíase á mostrar al vencedor de Arcola la

vigorosa contextura de los rebeldes del oeste, á fin de hacerle comprender todo el peligro que corría si continuaba combatiéndolos.

Josefina, que había demostrado siempre una gran simpatía por las familias realistas, y que no cesaba de solicitar para ellas el levantamiento del destierro y la devolución de los bienes confiscados, aprobaba el proyecto de cuyas bases eran portadores Hyde y Cadoudal, y había tomado sobre sí la misión de conducirlos á presencia del Primer Cónsul. Ahora que, más fiel en política que en amor, seguramente aceptó tal misión de acuerdo con Bonaparte, aunque, si así fué, el secreto permaneció bien guardado. Fouché no había recibido de sus espías el menor aviso de la llegada de los personajes realistas á Normandía. El buque que los condujo supo burlar la vigilancia de los guardacostas franceses; los carabineros y gendarmes, atraídos por los partidarios de Frotté hacia un punto alejado del sitio de desembarco, descuidaron el acantilado de Biville, y con la más completa seguridad, los emisarios del conde de Provenza dormían bajo la vigilancia de Parquín, en espera de que las primeras claridades del alba disiparan las sombras bajo los hayales que rodeaban la granja.

Oyóse el canto de un gallo rasgando el silencio de la campiña; y como si no esperara más que esta señal para despertar á los alojados de Biville, Parquín llamó á la puerta de Cadoudal y de Saint-Regeant. Ya el bretón estaba levantado, y metamorfoseado por completo. Su traje de la víspera había sido reemplazado por otro más grosero: polainas de cuero en las que se enfundaban las perneras de un pantalón de pana verde, gruesos borceguíes entachuelados; blusa amplia, ceñida á la cintura por faja de lana y un gran sombrero, acababan de completar su aspecto de labrador. Una barba rubia encuadrando el rostro curtido

por el agua y el sol, le cambiaba por completo la fisonomía, y un gran bastón de árgoma pendía de su mano derecha á cuya muñeca se sujetaba con una correa. Siguió á Parquín sin decir palabra. En la corralada, un caballito de pequeña alzada, fino de remos, tiraba del ronzal arrendado á una argolla de hierro. Cadoudal le miró como hombre inteligente en cabalgaduras; examinó si el freno estaba bien colocado, apretó la cincha y, después de haber estrechado la mano de Parquín, saltó sobre la silla, cogió las bridas, y arrancó al trote. Para el sibarita Hyde y para Saint-Regeant habían preparado un cabriolé sin capota, con ruedas enormes.

— No tenéis más que descender en la posada de *El caballo negro*, en Yvetot, — les advirtió Parquín. — El posadero os facilitará el mejor caballo de sus cuadras en el caso de que queráis continuar hasta Ruán, y os indicará la posada siguiente donde debéis descender. Allí encontraréis nuevas instrucciones. Supongo que uno de los dos sabrá conducir...

— El uno y el otro, — respondió Saint-Regeant; — estad tranquilo.

Hyde tomó los paquetes que Parquín había transportado á hombros desde la playa, y los cargó con precaución en el cabriolé. Después, tendiendo la mano á Parquín, le dijo:

— Adiós, querido amigo, y muchas gracias.

Saint-Regeant estaba ya en el carruaje, y Parquín, dejando los ramalillos, respondió:

— Buen viaje... El primer camino á la izquierda... Después, todo derecho...

Guiado por Hyde, el cabriolé atravesó el campo de la granja, cruzó la barrera, y emprendió la marcha por el camino indicado. El alba llegaba fresca y clara. Una brisa marina agitaba la fronda espesa de las hayas, y en las praderías, las vacas, echadas en medio de la boñiga humeante del ro-

cío, apenas levantaban el morro al paso de los viajeros. Al frente del camino, la carretera se ofrecía recta á los dos viajeros, y el caballo, puesto al trote, siguió la ruta con velocidad de tres leguas y media por hora,

CAPÍTULO II

Como día de mercado, en cuya fecha los labradores de la región acostumbraban bajar á la villa, la posada de *El caballo negro*, en Yvetot, estaba completamente llena cuando nuestros dos viajeros descendieron del tálburi en el zaguán del mesón. Terminado el yantar del primer turno en la mesa redonda, y ocupados nuevamente todos los puestos para el segundo, una de la criadas de servicio instaló á Hyde y á Saint-Regeant en un velador colocado en el ángulo del comedor, sirviéndoles poco después el sobrante de la comida comenzada. Indiferente á lo que á su alrededor pasaba y, acaso, con el apetito despierto por las horas de viaje transcurridas, Saint-Regeant la emprendió con el contenido de su plato mientras Hyde, tan observador como curioso, comenzó por examinar la concurrencia para darse cuenta de la calidad de los parroquianos. Lo primero que le llamó la atención fué un hombrecillo delgado, de rostro aguileño, ojos penetrantes, tocado de una peluca rubia, vestido con gabán verde con botones de metal, chaleco irisado y pantalón color avellana con las perneras enfundadas dentro

de unas botas de montar. Hablaba con humos de suficiencia, dirigiéndose con predilección á un hombre de aspecto bondadoso, vestido con amplio redingote pardo, las pantorrillas prisioneras en polainas de paño que cubrían el empeine de las botas. Los otros parroquianos eran colonos, chalanes y empleados en las oficinas públicas de la villa, excepción hecha de un sargento de gendarmería que ocupaba la cabecera de la mesa, y á quien se dirigían todas las atenciones de los sirvientes. El hombre del gabán peroraba :

— Creedme si queréis, pero hace seis meses que vengo recorriendo casi toda Francia, y os aseguro que no hay provincia más tranquila y segura que la de Normandía. Tan sin peligro se puede circular por todas las carreteras, que una mujer podría ir desde Yvetot á Bolbec sin tener un mal encuentro.

— ¿Una mujer? ¡Es posible! — exclamó riendo un granjero. — ¡Y no tendría necesidad de ser muy guapa! Esos señores de la flor de lis son muy galantes, y se contentarían con acariciarle la barbilla en vez de la bolsa...

— En cuanto á lo primero, no digo que no, — replicó el hombre del gabán. — Pero respecto á la bolsa...

— ¿Eh? — interrumpió el gendarme. — Ignoráis sin duda, ciudadano, que anteayer ha sido detenida la diligencia en Malaunay por cuatro enmascarados que se llevaron cincuenta mil francos de las contribuciones de Dieppe que iban en la caja del conductor...

— Y cuantos objetos de valor llevaban los viajeros, — añadió el colono.

— ¡Por Cristo! — exclamó el del gabán. — ¿Y no se defendieron esos cobardes?

— Perdonad, — dijo el hombre del redingote pardo interviniendo. — Dispararon las pistolas, por lo menos dos de los que iban en el cupé... Ahora que fué inútil, porque,

las armas, colocadas en la bolsa de la portezuela no hicieron más que ruido... Sin duda las había descargado el conductor...

— ¡Buen racimo de horca! ¿Y qué hicieron los desvalijadores?

— Desvalijar. Y cuando registraron todos los bolsillos y acabaron de vaciar los cofres, ordenar al cochero que volviera á montar en el pescante, y siguiera su camino... cosa que no esperó éste á que se lo mandaran por segunda vez...

— ¿Y vos, ciudadano, que sin duda sois de los que se defendieron, no sufristeis ninguna vejación personal por haber disparado contra los malvados?

— Ninguna. Se limitaron á saludarme muy cortésmente, y á recomendarme para otra vez que no llevara conmigo armas de fuego, vista la poca utilidad de que me servían. Y montando á caballo, encomendaron su desaparición á la velocidad de las cabalgaduras.

— Y vos, tan contento...

— Tanto más, cuanto que no me vieron lo más precioso que sobre mí llevaba, gracias á que tuve la precaución de esconderlo en las polainas...

— ¡Ah, demonio! — exclamó el hombre del gabán con aire estupefacto. — ¡Vaya unos salteadores con desgracia y un salteado con suerte!

— Ciudadano, — intervino nuevamente el gendarme — os aconsejo que no seáis tan explícito en vuestros asuntos. Creo que estamos entre personas honradas; pero si por casualidad hubiera entre nosotros un camarada de esos bandidos, vuestra franqueza podría costaros cara esta tarde, al anochecer.

— ¡Vamos, no se arriesgarán á detener el coche dos días seguidos en la misma carretera! Seguramente que una vez dado el golpe, se han corrido al otro extremo de Normandía.

— ¿Creéis que no hay más que una banda? — volvió á

decir el hombre del gabán.—Grandísimos peligros os esperan entre Ruán y París, en los alrededores de Rambouillet, especialmente, llenos de *chauffeurs* (1). El Rojo de Auneau y el Dragón de Boubray tienen aterrorizado todo el extrarradio, y mientras no lleguéis á Versalles, no podéis consideraros á salvo.

— Me ponéis en cuidado — exclamó el viajero palideciendo, — y en vista de eso, tomaré un coche particular en vez de ir en la diligencia. Un viajero solo, llamará menos la atención de los salteadores de caminos...

— ¿Lleváis mucho dinero encima? — preguntó con socarronería el hombre del gabán.

— Á fe mía, no, señor. Mercancías...

— ¿De muy pequeño volumen, entonces?

El viajero no respondió, pero el hombre del gabán estaba dispuesto á lanzarle por el camino de las explicaciones peligrosas :

— Siendo así, no cabe duda que se trata de piedras preciosas, y en ese caso, la presa sería bastante mejor que si llevarais oro... Señor, creedme : pedid una escolta y no os arriesguéis á viajar solo en tales condiciones...

— No hay necesidad de tantos enredos — exclamó bruscamente Saint-Regeant mirando al viajero.— Mi compañero y yo vamos en tílburí á Ruán, á donde llegaremos á las cuatro, y si no tenéis inconveniente, os ofrezco un sitio al lado nuestro. Tengo ganas de ver si hay un mal nacido tan poco amante de su pellejo como para intentar detenernos...

Miró el viajero á Saint-Regeant, y tranquilizado, sin duda, por su rostro afable, se apresuró á responder :

(1) En la época de esta narración, designábase con el nombre de *chauffeurs*, á los bandoleros que durante el período revolucionario, calentaban y hasta quemaban los pies de sus víctimas para obligarles á declarar dónde tenían guardado el dinero. Los *chauffeurs* desaparecieron bajo el Consulado.

— Acepto muy reconocido vuestro generoso ofrecimiento, señor. ¿No os molestaré?

— Nos estrecharemos algo. Además, vuestras riquezas ocupan tan poco sitio...

— Á vos os puedo decir...

— Nada, ¡ os lo suplico ! ¡ Dejadme ignorar lo que conduzco ! Pueden ser mercancías prohibidas, y no quisiera ponerme á mal con el Gobierno favoreciendo el contrabando...

— No es el contrabando lo que más inquieta al Gobierno — dijo el gendarme, — sino las conspiraciones de los vandeanos y la agitación de los jacobinos... El general Bonaparte es el más firme sostén de la tranquilidad pública... La suerte le protege... Pero esto de ahora no es nada... Yo le vi en Arcola y en la Favorita donde tanto él como nosotros debimos dejar el pellejo en manos de los austriacos...

— ¡ Ah ! ¿ Habéis servido en el ejército de Italia ? — preguntó Hyde saliendo de su mutismo.

— Sí, ciudadano. Allí, al lado del general, recibí un bayonetazo, y los galones de sargento... En seguida solicité el pase á la gendarmería... Podéis creer que á un viejo zorro como Bonaparte no se le suprime tan fácilmente.

— ¡ Hace cinco años no se hubiera podido decir eso !

— Precisamente, ahí está lo maravilloso : llegó como un huracán imprevisto, bruscamente, entre relámpagos y truenos...

— Y puede marcharse de la misma manera — añadió Hyde con tono indiferente. — Lo que no puede negarse es que dejaría tras de sí un gran vacío...

— Muy bien razonado — concluyó con satisfacción el gendarme.

Á este punto había terminado la comida, y todo el mundo abandonó la mesa y la sala. El hombre del gabán dejó salir

á los veceros, y aproximándose muy naturalmente al gendarme, murmuró designando con una mirada á Hyde y Saint-Regeant :

— Pedidle los papeles á esos dos particulares...

— ¿Quién sois vos para darme órdenes? — replicó el gendarme molesto.

— Quien tiene derecho.

— Será necesario que me lo probéis...

El hombre sacó del gabán una cartera, y de ésta una « cédula » que puso ante las narices del representante de la fuerza pública. Éste leyó : « *Ministerio de la Policía. « Cédula de servicio extendida al señor Braconneau. Firmado, FOUCHÉ* »; y llevando la mano al tricornio, se cuadró y dijo :

— Perdonad. Yo no podía sospechar... Obedezco.

En la corralada, y después de un aparte tenido con el hostelero, Saint-Regeant vigilaba la operación de enganchar un gran caballo gris al tílburí del colono de Biville, cuando el gendarme le tocó suavemente en el hombro :

— Creo que un viajero tan cuidadoso de no tener cuentas pendientes con el Gobierno — le dijo — habrá llenado todas las formalidades...

— ¿Queréis ver mi pasaporte? — respondió Saint-Regeant. — Ahora mismo... Estoy á vuestra disposición...

Metió la mano en el bolsillo de la levita, y sacando un papel doblado en cuatro le puso en las manos del sargento. Éste le desdobló y le recorrió con la vista. Decía así : « Víctor Leclerc, comerciante en sedas, vecino de París, calle de Prouvaires, núm. 7. » Confrontó los detalles de la filiación, y hallándolos de conformidad, devolvió el pasaporte á Saint-Regeant que acababa de poner la cabezada al caballo.

— ¿Queréis ver el de mi compañero? — preguntó el joven. — Le llamaré.

— No; es inútil. Estáis en regla.

— ¡Apañado iba si no lo estuviese! Nunca ha sido la policía tan exigente como en estos tiempos en que vivimos. De Fecamp aquí, no hemos hecho más que encontrar patrullas y exhibir los pasaportes lo menos diez veces.

— La culpa de tantas molestias la tiene ese maldito de Frotté. Afortunadamente, ha dejado el país y hace dos días ya que ha dado señales de vida por Argentin...

— ¡Ah, vamos, — exclamó Saint-Regeant ; — buen viaje !

El gendarme atravesó la corralada, se aproximó al hombre del gabán que se paseaba con las manos en los bolsillos, y murmuró :

— Os habéis equivocado en vuestras sospechas. Es un viajante que se llama Víctor Leclerc, que regresa de Fecamp á París.

— Bah; eso no es una razón. El hábito no hace al monje.

Y volviendo la espalda dió un silbido, á cuyo llamamiento poco después compareció un mozo de cuadra llevando de la brida una jaca ensillada sobre la que el hombre del gabán cabalgó con gran destreza. Puso una moneda en la mano del mozo, y saludando con un ademán al amo del parador, salió al paso hasta dar vuelta á la puerta cochera, pasada la cual, emprendió el camino al trote largo de la cabalgadura. Al mismo tiempo, Hyde indicó al hombre del redingote pardo que montara en el tílburí, y se instaló á su lado. Saint-Regeant se disponía á hacer otro tanto después de haber pagado la cuenta, cuando el hostelero, tirándole disimuladamente del faldón de la levita, le detuvo con un pie en el estribo al mismo tiempo que le deslizaba al oído estas palabras :

— ¿Os habéis fijado en esa especie de chalán' del abrigo verde, que os ha tomado la delantera? Me acaba de decir el sargento de gendarmes que es un policía que sospecha de vosotros. Conque, ya podéis abrir el ojo. Apeaos en

Ruán, en la calle de Charrettes, en la posada de *El gran ciervo*. No hay que dar ninguna explicación, porque el amo reconocerá en seguida mi caballo. Buen viaje.

— Gracias.

El joven montó vivamente, tomó las riendas, y poco después el tálburi rodaba camino de Ruán, á donde llegaron al caer la tarde. El posadero acogió á los recién llegados muy servicialmente, les dió de cenar, les facilitó habitaciones para dormir y se contentó con estampar en el registro los nombres que los viajeros creyeron oportuno declarar. Gracias á esta última formalidad, Hyde y su compañero se enteraron de que su camarada de excursión se llamaba Francisco Lerebourg, comerciante de novedades en París. Después de una noche tranquila, los tres viajeros se desayunaron muy temprano, y montaron de nuevo en el carruaje, al que ahora habían enganchado un vigoroso caballo negro. Como en Yvetot, el hostelero les dijo :

— Deteneos en Evreux, en casa del administrador de las diligencias. Mi caballo, que conoce bien, os servirá de introductor. Saludadle en mi nombre y decidle que espero verle un día de estos. Feliz viaje.

El caballo negro no era inferior al caballo gris de la víspera, y en dos trotes devoró la distancia que separa Ruán de Evreux. No tuvieron ningún mal encuentro porque los labriegos se aplicaban á labrar la tierra y la más absoluta tranquilidad reinaba en el campo. El ciudadano Lerebourg, que desde la salida de Ruán pareció aliviado de una gran preocupación, se hizo locuaz al extremo de que en las escasas horas que duró el viaje, sus compañeros fueron al cabo de cuanto constituía la existencia entera del negociante. Supieron que tenía cuarenta y cinco años y una esposa joven descendiente de una noble familia destruída por la Revolución. Sola en el mundo, sin recurso alguno, la seño-

rita Emilia había sido recogida por Lerebourg cuando Termidor, y empleada primeramente en el almacén, la joven había sabido hacerse indispensable al comerciante de modas por su inteligencia y simpatía, terminando por acceder á un matrimonio que no había solicitado ni deseado. Su marido parecía tener en ella una confianza absoluta, la consideraba como criatura esencialmente superior, y no la citaba sino con gran admiración. Gracias á su mujer, los negocios habían tomado gran desarrollo, y á su iniciativa se debía el haber introducido el negocio de modas en la casa. Precisamente el viaje de Lerebourg no había tenido más objeto que hacerse cargo de una remesa de encajes de gran valor llegados de Inglaterra, mercancía que un contrabandista había alijado en la costa en complicidad con una noche sin luna y con los gabeleros. Pero, ménos discretos que los agentes del gobierno, los vandeanos habían turbado la operación y el bravo Lerebourg se vió obligado á salvar únicamente lo más valioso del alijo, abandonandolas mercaderías corrientes en manos de los bandidos. Los encajes estaban destinados á la mujer de Bonaparte, que era una de sus mejores parroquianas, y cuya elegancia contribuía á reanimar el comercio parisiense, duramente castigado con largo período de turbulencias é inquietudes.

Al oír esta confidencia, Hyde y Saint-Regeant cambiaron una mirada reveladora del mismo pensamiento : el beneficio que la amistad del comerciante de novedades podía reportarles, y la necesidad de cultivar aquel conocimiento como árbol de quien se esperan días adelante ópimos frutos.

Cerca de Rambouillet, descendieron en la puerta del labriego que les había indicado el administrador de diligencias de Evreux, y fueron recibidos con una cordialidad que bien á las claras revelaba las afinidades que á los hosteleros todos unían. Para llegar á la granja, bastante desviada del

camino real, habíanse visto precisados á preguntar varias veces, y la obscuridad de una noche precursora de tormenta envolvía el campo cuando los viajeros abandonaron la banqueta del carruaje. Retirados ya los criados á sus camas, sirvióles la cena el mismo granjero, simpático anciano de cabellos blancos. Cuando el pastor, que acababa de enredilar el rebaño, hubo tomado un cuenco de sidra, un trozo de queso, y pan para ir á cenar á su pajar, Hyde, Saint-Regeant, Lerebourg y el labrador quedaron solos en la sala. El dueño de la casa, que hablaba poco y parecía muy preocupado, cerró con cuidado tan meticuloso las ventanas y la puerta de la cámara donde se hallaban, que Hyde no pudo menos de preguntarle :

— ¿Tanto miedo tenéis á los ladrones? Esta noche somos bastantes para defendernos.

El hombre meneó la cabeza y respondió :

— El país no está muy seguro desde hace algún tiempo, y es prudente tomar precauciones.

— ¿Hay vagabundos por el campo?

— Hay « chauffeurs » — murmuró el granjero bajando la voz á un tono temeroso. — Hace una semana visitaron la granja de Buisserets, mataron al amo, robaron cuanto dinero había en la casa, y después incendiaron los graneros y destruyeron las habitaciones.

— ¡Demonio ! — exclamó Saint-Regeant.

— En París se dice que esos « chauffeurs » son vandeanos que desvalijan por cuenta de los ejércitos de Bretaña y de Normandía — dijo Lerebourg.

— No lo creo — contestó el huésped. — Sus procedimientos indican bien á las claras que son bandidos asociados para robar y matar, y no facciosos... Por lo demás, si fueran vandeanos...

El hombre iba, sin duda, á expresar alguna seguridad

comprometedora, cuando Hyde se llevó un dedo á los labios recomendándole silencio. El granjero pareció muy asombrado, y cambió de conversación.

— Señores, permitidme que os enseñe las habitaciones. Debéis estar rendidos...

Pasó el primero Lerebourg, á quien el patrón encaminó al primer piso por una escalera muy empinada. Saint-Regeant é Hyde permanecieron en la sala baja, y cuando reapareció el huésped, Hyde le dijo :

— Os he interrumpido antes, porque no estamos muy seguros de cómo piensa, políticamente, nuestro compañero de viaje. Es una bella persona, pero pudiera no ser de los nuestros... y me ha parecido peligroso enterarle de quiénes somos... Por lo demás, vamos á acostarnos y no nos desnudemos para estar prontos á cualquier acontecimiento...

Bien pronto la granja pareció dormida. De vez en cuando, la fulguración lívida de un relámpago cruzaba la negrura de la noche, y en el silencio rodaba sordamente el trueno. Acababan de dar las dos, cuando de súbito rasgó las tinieblas un grito terrible, y del lado de los establos varias luces parecieron. Un grupo de unos veinte hombres, vestidos con el uniforme de soldados, pero con prendas disparejas, avanzaba hacia la parte habitada de la granja. El pastor, arrastrado por dos individuos que vestían pantalones de infantes y dormanes de húsares, daba gritos de terror que un vigoroso culatazo hizo cesar, y restablecido el silencio, solamente le interrumpía el pataleo de la tropa agavillada ante la puerta. En el interior, el despertar había sido rápido. Á los primeros gritos, el huésped, Saint-Regeant, Hyde y Lerebourg, se habían reunido en la sala de la planta baja, y dos criados del granjero se les habían unido poco después. Con gran calma, Hyde y Saint-Regeant examinaron el cebo de las pistolas; Lerebourg apenas pudo sacar las suyas

del redingote, tal le temblaba la mano, y el granjero cargaba una escopeta de dos cañones, después de haber colocado sobre la mesa una grande hacha y un sable de caballería, y de haber provisto á los criados de sendas podaderas. No se pronunció una palabra, y ello fuera inútil porque cada cual sabía lo que le esperaba y se aprestaron á defender su vida y aun á venderla cara. La puerta retembló bajo recio golpe, al mismo tiempo que una voz gritaba :

— ¡Abrid!

— ¿Quién es? — preguntó el granjero.

— Ya lo veréis cuando hayáis abierto.

— Yo no abro de noche la puerta al primero que llegue...

Siguió á tales palabras un momento de silencio, y á éste un violento porrazo que hizo vacilar la seguridad de la puerta. Un segundo golpe saltó la cerradura, y al tercero la hoja se vino abajo con estrépito y los asaltantes se precipitaron en la sala lanzando gritos. Los intrusos se detuvieron á unos diez pasos de los defensores, y un hombre de alta estatura, vestido con traje de paño gris, polainas de cuero y tocado con un tricornio, avanzó diciendo :

— ¡Vamos, nada de resistencias inútiles! Soy el molinero de Limours y necesito las llaves del dinero. ¡Servicio del rey!

Á estas palabras palideció Saint-Regeant; avanzó unos pasos, y mirando al molinero de arriba abajo le replicó con tono de autoridad :

— Si estáis al servicio del ejército real, tendréis un nombramiento, una orden; enseñadlas...

— Aquí están, — respondió el molinero sacando de su cinturón dos pistoletas amartilladas.

— Tendréis, por lo menos, un distintivo cualquiera — añadió el joven.

— Ahí va la respuesta — replicó el bandido apuntando á Saint-Regeant.

El realista dió un fuerte manotazo y el pistolete se desprendió de manos de su portador disparándose en el aire, al tiempo que, tomando el sable colocado sobre la mesa, abrió al molinero la cara de un revés. Simultáneamente, como Hyde descargara los pistoletas y el granjero el fusil, una descarga cerrada de los asaltantes llenó la sala del humo de los fogonazos. Siguió una encarnizada lucha cuerpo á cuerpo, y cuando al cabo logróse rechazar á los intrusos cinco muertos y cuatro heridos yacían por el pavimento; entre estos últimos, el anciano granjero expiraba de un balazo en el vientre. El molinero y uno de los mozos de la granja se retorcián gimiendo horriblemente, mientras la partida, diezmada, había reulado poco á poco hasta el corral. Hyde, Saint-Regeant, Lerebourg y el segundo de los criados de la granja resultaron ilesos y se apresuraron á cargar nuevamente las armas.

— Todavía quedan hasta una docena — observó Saint-Regeant que acababa de mirar por la ventana.

— Sí, — respondió Hyde; — pero ha caído el jefe y le tenemos en nuestro poder. Formemos una barricada tras de la puerta para estar al abrigo de una nueva ofensiva, y deliberemos.

El gran armario del salón cubrió la entrada y un baúl y dos bancos le aseguraron para un posible nuevo intento de penetración. Hecho esto, Saint-Regeant dió con la punta de la bota al molinero, que gemía con el rostro ensangrentado, y le dijo :

— Vamos, granuja; á ver como hablas sin obligarnos á recurrir á medios extremos. Acabas de matar al amo de la casa que querías desbalijar. Por otro lado, tu banda ha quedado bastante reducida y tú mismo no estás muy fuerte. Nosotros somos viajeros á quienes importa poco que aterroricéis el país mientras no nos hagáis sufrir personalmente

las consecuencias y no pensamos el tomar á nuestro cargo la policía del campo. De manera que si ordenas á tu gente que se retire y nos deje en paz, nos marcharemos inmediatamente y podrás irte á tus asuntos ó al diablo, que vendrá siendo lo mismo. ¿Te agrada la proposición?

— ¡Mal rayo te parta! — gruñó el molinero.

— El rayo no arreglará tus asuntos mejor que tú mismo. Y eres un imbécil vacilando, desde el momento en que no eres el más fuerte.

— ¿Qué tengo que hacer?

— Manda á tus hombres que desalojen.

— Arrimadme á la ventana.

Saint-Regeant hizo seña al criado de la granja para que ayudara al molinero á levantarse. Éste, tambaleándose, dejando las señales de sus manos ensangrentadas en la pared, se aproximó al alfeizar de la ventana y con voz ronca gritó :

— ¿Estás ahí, Grélé? ¿Me oyes?

— Sí, jefe; — respondió una voz desde la sombra.

— Estoy herido, y nada tenemos que hacer aquí ya, porque son ellos los más fuertes. Además, el granjero ha muerto y no podemos saber dónde tiene guardado el dinero. Retiraos hasta Cuatro Caminos y esperadme, que allí me reuniré con vosotros cuando me hayan soltado los que ahora me tienen prisionero. Conmigo está Colín, que me ayudará á caminar. ¿Has entendido?

— Sí, mi jefe; pero mala madre parió á los que os han herido.

— Peor te habrá parido á ti, so bribón, — replicó Saint-Regeant con voz fuerte, — si no obedeces inmediatamente.

Un murmullo surgió de la obscuridad de la noche; después, un grito rasgó las tinieblas y oyóse un ruido sordo como el de un costal arrojado al agua. Restablecido el silencio

al cabo de una corta pieza, pareció evidente que las órdenes del molinero habían sido ejecutadas, y para comprobarlo, avanzó á la puerta Hyde y miró hacia la corralada : no vió más que un grupo de hombres que se alejaba iluminado por los resplandores del incendio.

— ¿Qué habrán hecho del pastor que traían apresado cuando atacaron la granja? — pregunto Saint-Regeant á sus compañeros.

Una masa sombría que zarceaba en el pozo del corral llamó su atención.

— ¡ Ah, los miserables ! ¡ Han ahogado al infeliz ! ¡ Pronto ! ¡ Traed una horca, unos garfios !... Acaso sea tiempo de salvarle todavía...

Los criados se lanzaron resueltamente al agua y arrastraron á la orilla el cuerpo de su camarada, pero tenía la cabeza abierta de un sablazo y no tardó en expirar. Entonces, mirando en derredor y viendo que cada vez el incendio iba creciendo más, Saint-Regeant dijo á los criados:

— Amigos míos, nosotros no tenemos ya nada que hacer aquí. Dentro de poco tiempo, la granja será pasto de las llamas; salvad lo que os pertenezca, y pedid socorro á Rambouillet. Nosotros vamos á enganchar y partiremos en seguida.

Cogieron el cuerpo del amo y le depositaron al abrigo de las llamas, en una tejavana distanciada. Y envarando el caballo negro, comido y descansado, pusieron por obra el camino de París.